

la inseguridad de sus hijos. Incluso llegar a ser motivo de inhibiciones intelectuales, de retrasos en el desarrollo y de dificultades escolares”.

Ciertamente, hay que procurar ser realistas, aunque sin excesos, pues por falta de idealismo el proceso actual de la juventud contemporánea es un proceso de desengaño. Naturalmente, conviene puntualizar que no toda la culpa de lo que acontece a la juventud contemporánea procede de la falta de orientación y cuidado de los padres. En defensa, por tanto, de este “proceso” incoado a los padres por el profesor Altavilla, es necesario decir que existen exteriormente al ambiente familiar otros muchos estímulos que condicionan la marcha ascendente o descendente de la infancia y de la juventud. Así, por ejemplo, volviendo a la ideología del profesor López Ibor, podemos afirmar que el “hombre busca en su realización el camino entre su animalidad y su espiritualidad. Las frustraciones de por sí no son malas, incluso diría que son necesarias para que el “yo” se edifique. La delicuescencia de la vida instintiva necesita tomar forma. Los instintos no son inmodificables. Frente a ellos se establecen los llamados mecanismos de defensa para tratar de integrarlos al “yo”. Recientemente admiten algunos autores la posibilidad de existencia de algunos prototipos defensivos fisiológicos anclados en el hombre, aunque haya otros que se establezcan por la influencia del medio. Es decir, se viene al mundo con una determinada configuración personal independientemente de que ésta se enriquezca o se empobrezca en el curso de la vida. No todo viene, pues, de fuera. No todo es psicogenia, aunque todo sea desarrollo de la personalidad.”

Por consiguiente, no fracasa el hombre de pronto, por el contrario, se fracasa paulatinamente, es decir, se fracasa creciendo y en contacto con el mundo. Sin embargo, si preexiste en el hombre el recuerdo de la familia, de la educación y de las ideas recibidas de sus padres, efectivamente, “el joven no será un desarraigado. Donde vaya, le acompañará esa huella que dejó en su formación la estructura familiar a la que perteneció.” Se requiere, por ello, y tenemos necesidad para las futuras generaciones, de padres más comprensivos y menos egoistas, que se den cuenta de las necesidades, no sólo físicas, de sus hijos. Son precisos padres, escribe el profesor Altavilla, que sientan la responsabilidad de haber dado a la vida un nuevo ser y experimenten la dicha de prepararle para la vida, moldeándole con paciencia y amor.

En definitiva, hay que adelantarnos a la confidencia, tratando de adivinar lo que piensan de nosotros y del mundo que les ofrecemos.

Este libro, entre otras cosas, nos sitúa ante la idea de revisar si el comportamiento delictivo del adolescente, comportamiento cuya observación es muy interesante para el penalista, se debe a la crisis de la educación familiar o, por el contrario, al tedio y a la desconfianza que, ante el futuro, inunda el corazón de la joven generación actual.

JOSÉ MARÍA NIN CARDONA

BARBERO, Marino: “El suicidio”. Madrid, 1966 (cuadernos Taurus); 60 páginas.

A la problemática y valoración del suicidio dedica el catedrático de Derecho penal en la Universidad de Murcia un opúsculo de no muchas páginas, pero de

pensamiento condensado, documentación suficiente, sobriedad de estilo y moral aleccionadora. "El suicidio —nos dice— es uno de los cuatro o cinco problemas intrincados y graves, en crecimiento, del mundo contemporáneo."

Los estudios publicados sobre el mismo —añade— acostumbran a ser ricos en tablas estadísticas, pero notablemente incompletos porque la cifra negra de los consumados o intentados es muy elevada. Especialmente no suelen registrarse las tentativas. Se ocultaron en tiempos pretéritos porque se castigaba no sólo el frustrado, sino también a los familiares del muerto y al cadáver, privado de sepultura y, a veces, arrastrado. En Inglaterra no han dejado de ser punibles las tentativas de suicidio hasta 1961. Todavía se disimulan por los familiares para evitar la reprobación social, o por las autoridades, que ocultan la noticia incitadora a la imitación.

La segunda cuestión planteada por Barbero es si el suicidio es siempre acto de un enajenado. Contra la opinión afirmativa de la mayor parte de los españoles que han tratado del tema, el autor del libro reseñado se pronuncia rotundamente en contra. Cita en apoyo de su opinión algunos textos de literatos y algún caso particular. En efecto, creo que muchos suicidas no son psicóticos —y a éstos parece reducirse el término vulgar "enajenados"—, pero si lo sustituimos por el de anormales o psicópatas, la cosa varía. El amor a la vida se asienta en un instinto que tienen todas las personas normales, incluso en situaciones dolorosas y afflictivas, por lo que salvo, quizá, en algún caso de necesidad extrema, el vencimiento de aquel instinto natural sólo se concibe en personalidades anormales, aunque la anomalía de su carácter no sea muy notoria.

No deja de considerar Barbero la complejidad de los factores que llevan al suicidio y determinan sus varias especies: suicidio de balance, suicidio de cortocircuito, suicidios teatrales. También nos informa de las curiosas, pero extrañas, para los que somos legos en estas materias, interpretaciones psicoanalíticas. Después se dedica gran parte de este pequeño e interesante libro a los factores individuales y sociales de diverso orden: sexo, edad y estado civil, estación y día de la semana, confesión religiosa, circunstancias socioeconómicas; imitación o contagio. Las cifras estadísticas, distribuidas por países, son alarmantes en alguna nación, como Alemania, donde se ofrecen en alza, y tranquilizadoras en España.

Finalmente, se aborda la perspectiva social y religiosa del problema. Aquí alude al hecho heroico de Eloy Gonzalo y a los suicidios de los generales alemanes, obligados por la amenaza de llevarlos a la horca y tomar venganza sobre sus familiares. Termina este sucinto y bien escrito opúsculo sintetizando que el suicidio directo es siempre ilícito moralmente. El indirecto puede admitirse cuando hay una razón capaz de justificarlo. La última conclusión es la "dificultad de juzgar moralmente en el caso concreto la culpabilidad subjetiva y personal de determinado suicida".

JOSÉ ANTÓN ONECA